

NICOLÁS QUINTEROS / LA RAZÓN

MUCHO MÁS QUE TINTA EN LAS VENAS

Luis Ramiro Beltrán en la galaxia de Gutenberg

Es uno de los más importantes precursores del periodismo boliviano y uno de los más prestigiosos comunicólogos del mundo, pero su mayor riqueza no son sus títulos y distinciones, es la abundancia de su vida interior

MÓNICA OBLITAS Z.

U saba pantalones cortos cuando pisó por primera vez el medio que sería el comienzo de una carrera que ha hecho historia en el periodismo boliviano. De la mano de su madre, Betsahé Salmón vda. de Beltrán, fundadora de la revista "Feminiflor" en el Oruro de 1921, Luis Ramiro, de doce años, se inició como "reportero" del periódico La Patria. Bajo la tutela de Rafael Ulises, entonces director, y luego de Enrique Miralles, talentoso y dinámico hombre de prensa, el joven Beltrán llegaría, con sólo dieciséis años, a ser Jefe de Redacción de La Patria. Alumno destacado del colegio Alemán de Oruro, luego de que su madre enfermara de gravedad, Luis Ramiro Beltrán conoció una Bolivia diferente cuando debió asistir a una escuela nocturna. Durante la noche estudiaba y en el día fungía como reportero, como oficial de información de Sanidad Pública e inspector de tránsito *ad honorem*. "Me encantaba mi trabajo, y recuerdo que mi madre contaba que cuando yo era niño quería ser mozo de hotel y nuncio apostólico, pero me faltó santiad. Luego quise ser reportero y patrullero".

Nacido en 1930, ha sido guionista de cine, el primer profesional en el país —la película "Vuelve Sebastiana" es una de sus obras—. Entre 1955 y 1990 trabajó fuera del país para el Gobierno de Canadá, la OEA y la Unesco, en comunicación educativa para el desarrollo; obtuvo un doctorado en comunicación en 1970; fue galardonado en 1983 con el Premio Mundial de Comunica-

ción "McLuhan" y con el Cóndor de los Andes de Bolivia. En 1987 obtuvo el Premio Unico de Teatro del Ecuador y en 1997 el Premio Nacional de Periodismo de Bolivia. Es además miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua. Actualmente trabaja para la Universidad John Hopkins como consejero para América Latina y es autor incansable de varios libros, artículos y ensayos.

Tamaño trayectoria puede llegar a ocultar el lado humano de Luis Ramiro Beltrán, igualmente fascinante, y sobre todo el aspecto sensible y sencillo de una personalidad que, sin esconderse, no emerge fácilmente ante cualquiera, lo que da pie para que, en ocasiones, se lo tilde de pedante o estirado como él mismo recuerda al despedirse: "¿Vio que no soy un estirado?".

ABRIENDO PUERTAS

La primera impresión que causa la casa de Luis Ramiro Beltrán es la del más correcto orden y tal vez hasta de un poco de severidad. En el ambiente principal se ubican diversos espacios con decoraciones que armonizan perfectamente entre sí. En uno de ellos, cruces de todos los tipos y tamaños cuelgan de una pared junto a algunos cuadros de Raúl Lara; en el otro una enorme mesa es custodiada por un grabado de la Última Cena y por un biombo con motivos tiahuanacotas. Más allá, sobre la chimenea, algunas estatuas de cerámica pre-colonial al lado de un enorme cuadro de María Luisa Pacheco, y por último, en el lugar perfecto para ser admiradas, se lucen las pinturas de su gran amiga Graciela Rodo

Boulanger. Algunos vitrales y una bella vista panorámica de la ciudad completan la primera impresión que uno tiene de la morada del intelectual y de su esposa, Nora Olaya, cuyo dulce acento colombiano se traduce en una cálida hospitalidad y en el aroma constante que flota en la casa del mejor café del mundo.

Pero no es aquí donde se puede identificar a Luis Ramiro Beltrán. Es un largo pasillo que conduce a las habitaciones el que empieza a abrir las puertas de su sensibilidad.

A final del pasillo, se encuentra su santuario, una habitación donde atesora todo lo que pudo reunir acerca de su padre, Luis Humberto Beltrán, también periodista y héroe de la Guerra del Chaco que murió en combate. Un pañuelo manchado con sangre, un relicario, balas, un proyectil de mortero, fotografías, mapas, libros y más libros sobre la guerra y un fusil, encuadran los recuerdos paternos de Beltrán, cuya voz tiembla de emoción al hablar de sus padres.

Allí un poco desentonantes, una computadora IBM, una Mac y una computadora personal, acompañadas de una impresora, son las armas para que Nora pueda descifrar los artículos que su esposo escribe en la máquina de escribir entre borrones y tijeretazos, los que llegan correctamente presentables donde serán publicados sin que nadie sospeche que Luis Ramiro Beltrán sólo tomó dos o tres lecciones de computación para luego levantar las manos. "En mi casa cualquier oficio eléctrico o mecánico lo hace Nora. Yo no sé poner bien ni una tachuela o ajustar un enchufe. De ahí quizás mi poca amistad con las máquinas, con

la única excepción de la de escribir... siempre que no sea eléctrica. Soy, pues, todo un Trucutú en materia tecnológica", afirma.

EN LA GALAXIA DE GUTENBERG

Luis Ramiro Beltrán escribe a máquina usando sólo cuatro dedos. Perfeccionista hasta la médula, sus escritos están plagados de borrones, recortes y tachones, lo que es un sistema que reconoce lo hace improductivo a la hora de publicar más. Pero eso no lo termina de decidir a introducirse en la vorágine tecnológica de la información:

"Creo que es pura renuencia a la innovación, pero no por resistencia, sino por incompetencia. No soy bueno con las máquinas: nunca he usado afeitadora eléctrica, no manejo automóvil porque soy una amenaza social, soy daltonico y además distraído. Solamente una vez tuve tarjeta de crédito y compré tal cantidad de cosas que nunca la volví a usar. Uso chequera cuando no hay más remedio. Celular jamás, perdería tres por semana. La verdad es que aparato que toco se daña. Oigo mucha radio y veo poca televisión y aunque gané el premio McLuhan, sigo en la galaxia de Gutenberg. Para mí lo mío es la letra escrita. Puedo seguir trabajando así mientras tenga víctimas que me ayuden".

UNA VIDA POR Y PARA EL PERIODISMO

—¿Cuántas facetas tiene Luis Ramiro Beltrán?

—Siempre he sido periodista, desde los doce años hasta hoy, pero el cierre de la vieja Razón por el MNR en abril del 52, determinó que había que buscar la vida en cualquier cosa. Había mucho hostigamiento, pero seguí en periodismo. Hice radio y estu-

→ dié teatro. Farreaba, dormía toda la mañana y farreaba todas las noches. Cosa que ganaba se iba al trago. Mi pobre madre trabajaba denodadamente. Nos volvimos salteñeros. Alquilamos un pequeño garaje en Sopocachi y llevamos nuestro living. Era pequeño pero nos iba bien, y como nos iba bien, el MNR nos persiguió.

—¿Esta persecución se debía sólo a que usted era periodista?

—Claro, periodista de La Razón. Molestaban a todos los que nos habíamos quedado en el país. Al final tuvimos que vender la salteñería a un espía del gobierno porque nos era imposible trabajar. La crisis económica era espantosa y estábamos muertos de miedo.

—Usted luego se fue a trabajar al exterior, y así dio comienzo a un largo periodo fuera de Bolivia. ¿Cómo se mantuvo en contacto?

— Toda mi trayectoria es de comunicación para el desarrollo: el uso de los medios. Dejé la cotidiana vida de redacción, la bohemia diaria, el batirlas calles como reportero y comencé a escribir crónicas por nostalgia a Bolivia, escritas desde Colombia, desde México, manteniendo así el amor vivo por el periodismo y el contacto.

—Usted fue periodista en un principio hecho a base de experiencia. ¿Cómo cambió su visión cuando obtuvo los títulos profesionales, el master y el doctorado?

—Hasta entonces yo había trabajado como un artista de comunicación: un productor de mensajes. Pero con los cinco años que estuve en la universidad me convertí en un comunicólogo, un estudioso científico, un productor de conocimientos. Soy una mezcla de artista de la comunicación con científico a la carrera. No de carrera, porque yo egresé a los cuarenta años de la universidad. Tuve mucha fortuna porque, una vez percibido el oficio, me convertí en un teórico y en un crítico de la comunicación para el desarrollo. Allí alcancé resonancia internacional.

—¿Qué no hubiera hecho Luis Ramiro Beltrán periodista?

— Nunca he querido ser político ni nunca soñé con el poder. He tenido oportunidades, pero nunca he querido participar porque a mí no me mueve la ambición de poder y la política me parece espantosa.

—¿Qué no acepta usted en un periodista?

— Uno puede tener talento, dinamismo y aptitudes para ser comunicador, pero para mí si no hay rectitud nada vale, y si no hay coraje, tampoco. Las anteriores virtudes por sí mismas son meritorias, pero sólo adquieren su valor pleno si vienen acompañadas de la corrección, la decencia y el valor.

Nuestro oficio es un oficio riesgoso y mal remunerado, el que puede sobrevivir a esa situación y seguir entero es doblemente meritorio. Para mí la cuestión moral es lo fundamental. En nuestra profesión que está afectada por el proceso de envilecimiento y de corrupción que salpica a todas las instituciones bolivianas, sin rectitud yo no valoro nada. Hay tipos brillantes, pero si son deshonestos, no me convencen.

El hombre tras el profesional

¿Qué considera que le ha permitido llegar tan lejos?

— Sin mi madre no hubiera hecho ni un 25% de lo que he podido hacer. Tenía una gran energía, una gran resolución y una gran visión. Visión que yo no tenía. Yo veía la parroquia, ella veía el mundo. Yo vivía el hoy, ella avizoraba el futuro.

— Algo tuvo usted que heredar...

— Quizá la tenacidad y la perseverancia puedan ser características explicativas de lo que yo he podido lograr. Soy como un bulldog que cuando muerde no afloja más. Soy obsesivo, trabajo día y noche, tengo manía laboral y exhaustivista. No sé descansar y hago sufrir a mi gente.

— Gente que por lo visto y pese al sufrimiento que menciona, ha estado a su lado siempre...

— Yo estoy casado sólo hace ocho años. Soy un retardado nupcial. Nunca pensé casarme, porque jamás iba a dejar a mi madre. Nora era mi compañera de trabajo durante veinte años, y apareció en mi hora grave. Si ella no hubiera aparecido, yo no podría haber resistido la ausencia de mi madre. Es una mujer maravillosa que me hace muy feliz.

— Ya me dijo sus defectos, el no saber descansar y sus manías. ¿Cuáles son sus virtudes?

— Cuando pienso en mí me río a mí mismo. No me hago el modesto, pero nunca pienso en esas cosas. No soy dado a las reflexiones y tengo muy poco de filósofo. Posiblemente soy tierno y sensible, y eso es heredado de mi madre. Pero me da rubor el ver en mí mismo algún mérito. Puedo considerar que he sido una persona recta y muy feliz trabajando, pero no sé si eso es una virtud.

—¿No echa en falta nada en su vida?

— Hay tantas cosas que uno descubre muy tarde. Me fascina la ciencia política, soy un arquitecto frustrado, pero no siento que me falte nada. Creo que nací con un destino de prensa, y en ese campo, mayores realizaciones de las que he tenido la fortuna de tener, ya sería demasiado aspirar.

— No es ambicioso entonces...

— Yo nunca aspiré a nada, nunca he tenido aspiración de estar encima de nadie ni de ganar nada. Desde el McLuhan me han caído varias otras distinciones y yo me sigo sorprendiendo porque nunca he trabajado por otra cosa que no sea el placer por hacer algo y por servir con lo que hice. Dicen que al caballo se lo mueve con una zanahoria adelante, yo nunca he tenido esa zanahoria. Los premios son un gran estímulo, pero yo me temo que habría hecho lo que he podido hacer sin ninguna retribución de ese orden. Estoy autopropulsado: mi lucha es solamente conmigo. Soy un detallista, un meticoloso.

— ¿Qué lo divierte?

— Una de las cosas que me fascina es cantar nuestra música. Mi vena juerguista subsiste a pesar de mi edad y de mi estado civil. Toco el bombodespues del tercer litro y arranco a cantar, bailar y no paro hasta el amanecer. Tengo un bombo y una maletita donde cargo instrumentos, se llama "La unidad móvil de relajación". Esa unidad hace participación popular de música porque cada uno tiene que tocar, aunque no sepa. Esa es mi forma de descansar, oír, tocar y cantar, con buenos amigos, algo de nuestra música.

— ¿Cuáles son sus artistas preferidos?

— Mis artistas favoritos son Pepe Murillo, el maestro Cavour, Jenny Cárdenas, Luis Rico y mi paisana



FOTO CORTESÍA: LUIS RAMIRO BELTRÁN

Zulma Yugar. Ninguno es muy moderno, pero son los que yo entiendo. En el campo internacional, Los Panchos y Pérez Prado. El bolero y el mambo son lo mío, tanto como me gusta la música andina nuestra, me fascina la afrocaribeña. También la música mexicana y la romántica. Soy un bolerófilo. Y esa afición viene en parte de mi amistad con Raúl Shaw Moreno, que fuera miembro de Los Panchos. Hace diecinueve años me pidió que le escribiera la letra para un bolero, cosa que al principio yo no quería hacer, pero lo hicimos, se llamó "Contéstame". Después de eso no supe nada del bolero, hasta que hace un año y medio nos encontramos en un homenaje que le hicieron a Raúl, y él sacó una cinta donde Johnny Albino y el trío San Juan habían grabado nuestro bolero.

— No le ha quedado nada por hacer...

— No sabe, también fui detective con unos amigos periodistas. Teníamos una agencia que se llamó "El hilo rojo". Los contratos significaban seguir a las señoras al dentista. Duró más o menos dos o tres meses.

— ¿Cuáles son sus escritores favoritos?

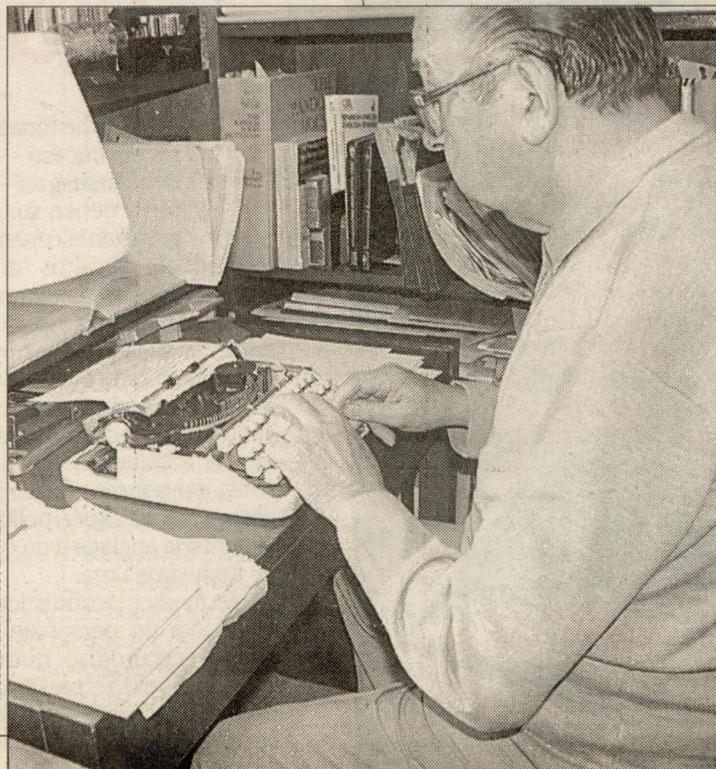
— Me fascina en lo novelístico Vargas Llosa, y en el terreno del ensayo y la crónica, Carlos Fuentes. Si son dos, ésos son mis dos.

— ¿Deportes?

— Nada. De niño era sumamente escuálido y enfermizo. Estaba tan sobreprotegido que me enfermaba de todo. Nunca he hecho ningún ejercicio, veo fútbol por unción patriótica.

— ¿Cómo sería un día ideal en su vida?

— El día ideal sería estar alejado de todo contacto escribiendo novelas. Si pudiera cumplir mi antojo, ése sería. Quisiera tener un pedacito de otra vida: la usaría para escribir ciencia ficción. Quisiera, a la cola de mi vida, frenar los otros oficios y dedicarme a la literatura. Me fascinaría ser un gran novelista, eso me haría absolutamente dichoso. Sé que es una utopía porque ya la vida no da para tanto, y uno no sabe si tiene el talento para hacerlo.



NICOLÁS QUINTEROS / LA RAZÓN

"Me fascina cantar nuestra música. Mi vena juerguista subsiste a pesar de mi edad y de mi estado civil"